
Dolores Groman*

EL PODER FEMENINO
en 1984

Si el sentido común designó a las últimas décadas del siglo europeo como la *bella época* por la abundancia de sus utopías, ¿cómo debería llamarse la nuestra que se distingue sin duda por la abundancia de sus anti-utopías? El sueño de Fourier, Julio Verne y Owen fue un Olimpo de trabajo y de amor, un estado platónico donde se disipaba la franja entre el deseo y la necesidad. La pesadilla de Zamiatin, Huxley y Orwell es un desierto donde la técnica y el poder han sojuzgado al hombre de una vez por todas. A los soñadores del siglo XIX los mueve y conmueve la búsqueda de la felicidad; y a los demonios del XX los desola la desesperación del cansancio, tiempo de delicias pervertidas: entre el *Falansterio* de Fourier y la *atonía* de los miembros del partido orwelliano hay la misma distancia que separa a la *bella época* de la *era del cansancio*.

“El cansancio” embarga al Orwell de 1984. Winston, el personaje central de la novela, deposita su última esperanza de los “prole” de Oceanía. Va hacia ellos; los busca —a pesar de los peligros— que esto entraña para un miembro del Partido —en el barrio donde habitan y trabajan. Se imagina que son la célula del cambio. Entra en una taberna; después de observar a todos, invita a un viejo obrero a compartir su mesa y la cerveza. Lo inquiere con cientos de preguntas; es ávido; busca en el trabajador el modelo ideal del hombre que resiste y al darse cuenta que es inútil, lo rechaza. Piensa que esta masa de autómatas no son *nada*. Sueña con figuras totales: *todo* o *nada*. De pronto descubre que no

* Profesora asociada e investigadora en la UAM-Xochimilco.

los conoce ni los entiende. Los trabajadores lo ven como a un intruso del partido que quiere *todo*; le dan la espalda y no le conceden *nada*. Winston abandona la taberna desilusionado, arrepentido. Después, a lo largo de la anti-utopía, descubrirá en cada una de sus esperanzas el germen de una nueva decepción. La mayor de ellas será el refugio de la libertad individual.

Orwell consagra muchas páginas al problema de la libertad individual, absoluta. Nos hace pensar que ella puede ser la única causa humanizadora. Pero sus protagonistas no son capaces de actuar para conquistarla, no sólo por los peligros que entraña, sino porque ha perdido sentido. Ser libre es ser “prole”, la disyuntiva es inequívoca y está a la mano. Ni Winston, ni Julia ni los otros personajes encuentran tiempo ni motivos para sublevarse contra las jaulas de hierro que resguardan Oceanía; el partido ocupa sus almas, sus deseos, su líbido, su inutilidad; la *double-speak* ha logrado la inversión total de los valores: olvidar es reconfortante, pensar es estúpido, amar es infantil. Es el Estado Total Perfecto, blanco de ataque de Orwell: un régimen totalitario que se distingue no únicamente por aplastar la libertad, sino porque la ha convertido en un absurdo: un pulpo que aterra por su perfección y fascina por su insaciabilidad. El Partido y el Estado van creciendo y ocupando todas las esferas de la vida civil a través de sus tentáculos: la familia, las “industrias de la ideología” y el Partido. Por cierto, la más importante, la de las formas de propiedad, pasan inadvertidas en toda la novela. El lector se siente desconcertado.

Orwell deposita en los personajes femeninos la institucionalización de todos los atributos del poder; son las “industrias de la conciencia del Estado Total”. Son ellas —la madre, la esposa, la vecina, las colegas del Instituto y a la amante— las responsables de reducir al ser humano a la condición de una *máquina feliz*, en donde todos somos uno y en uno encarnamos: el Gran Hermano. Para ello disciplinan, normalizan, educan en la moral de la autonegación: observar es “indecente”, oír es “inmoral”, desear está *prohibido*. Ellas encarnan “la moral” del Estado Total y su misión es lograr que los individuos interioricen la domesticación, la asumen como un placer. La meta: destrozarse la voluntad personal para sumir al ser en la colectivización abstracta, transformarlo en otro objeto más.

La madre

“¿Sabes?, dijo Winston, hasta ahora he creído que había asesinado a mi madre”.

Recordaba a su progenitora en un sueño. Era la época de la guerra y las incursiones aéreas; los escombros, la falta de protección y la comida circundaban al niño. Del padre tenía una imagen muy vaga; había desaparecido sin que él supiera a dónde se lo llevaron. El Partido lanzaba a las calles grupos de pandillas diabólicas, que vociferaban consignas y toda persona sospechosa era aprehendida. Sin el marido en la casa, la madre convirtió su vida en un sin sentido; permanecía como piedra, inmóvil, esperando que algún día los del Partido vinieran por ella y también la desaparecieran. Winston la agredía para que reaccionara; para que saliera de su ostracismo y cambiara el derrotero de su contemplativa existencia. Ella permanecía en su hogar, barriendo, cocinando, lavando, planchando como si fuera una autómatas. A veces lo abrazaba, pero su cariño no le significaba nada. Su hermanita pequeña, a la que califica como fea y simiesca, siempre estaba en brazos de la madre, como una muralla que se interponía entre él y su progenitora.

Tríptico del poder familiar: padre-madre-hermanita. Primero la madre al servicio del padre, que por sus actividades debe ser protegido, y al que entrega todo su tiempo y atención, descuidando al niño. Después la hermanita, otra intrusa entre el hijo y la madre que acapara todo afecto. Winston es rechazado y abandonado a su suerte, tiene que salir a buscar entre las ruinas comida para sobrevivir. La Institución tríptica se interpone entre él y su madre, y le impide desplegar natural y libremente sus instintos.

La esposa

En otro sueño aparece Katherine, su esposa: rubia, alta, erguida, y de movimientos majestuosos, aparentemente audaz y aquilina. Pero después de conocerla llega a la conclusión que es estúpida, vulgar, vacía y sin pensamientos (sólo repetía las consignas del Partido), además es frígida y asexual. El Estado, el Partido y todo su aparato ideológico traspasan en la persona de Katherine el umbral de la intimidad del hogar; ella institucionaliza la relación y le da fuerza legal para intervenir en su vida privada.

Aquí Orwell nos pinta una sociedad futura con patrones tradicionales y patriarcales. La mujer sigue siendo "pasiva", "débil", "insensual", "inconsciente con ella misma", "débil mental", "biológicamente inferior" y con tendencias a la "frigidez natural", continúa inhibida y convierte su cuerpo en un instrumento carente de placer. La ideología reinante se transforma en su segunda naturaleza. Se considera portadora del orden, la moral, la estabilidad, la felicidad individual y el respeto.

La relación madre-esposa descrita por Orwell, con apariencia majestuosa e inocente, es la otra cara del Partido que se quiere perpetuar y que debe ser eliminada para llegar al amor natural, a la libertad personal, que él considera es la esencia de la vida.

La prostituta

La prostituta sirve a Winston para desatar su rabia contra la familia y el matrimonio. En ella se promete la libertad. Cuando la ve desde lejos, parece un hermoso maniquí, un “objeto deseable”, pero al acercarse, se da cuenta de como es en realidad y queda horrorizado: vieja, arrugada como pergamino, acartonada y desdentada. En su persona se conjugan madre-esposa-corruptoras. El hombre sólo puede ser adulto cuando ha superado la imagen del padre, el rebelde construye su mundo bajo la ley del padre, contra su voluntad. Para separarse de la naturaleza (madre) tiene que dominarla y violarla; aspira a sojuzgar a la que le dio la vida y después se convirtió en su enemiga (destructora), a la que hay que someter. De ahí que aparezca la “diosa muerte” en la angustiante y amenazadora boca de la prostituta en la forma de una vulva desdentada. Y sin embargo la posee, la violenta. Como él mismo dice: “pero de todos modos lo hice”. En realidad para Orwell el hombre únicamente puede emanciparse creando un nuevo orden y una nueva ley: tiene que violentar y dominar para ser libre.

La vecina

La señora Parsons, esposa de un vecino, tenía siempre la cara llena de polvo y mugre. Su casa estaba descuidada: todo estaba roto, como si una cabra hubiera pasado por allí. Los balones, los bastones de hockey, los guantes de boxeo, los pantalones, los platos sucios, los cuadernos se amontonaban en la pieza creando el sentimiento de una rendición. Había siempre un olor a verduras cocidas, penetrante, que molestaba: le recordaba a Orwell los comederos de los internados.

Los dos hijos de la señora Parsons, grotescos, acompañaban con un peine y un trozo de papel higiénico las marchas militares que brotaban de la pantalla. Una tarde cuando vieron a Winston entrar a la casa, porque había ido a ayudar a la madre a destapar el fregadero, maloliente y lleno de agua verdosa y grasienta, su reacción fue amenazarlo con pistolas de juguete. Le lanzaron chillidos salvajes y lo azuzaron con gestos y muecas de maldad. Estaban furiosos. Aquella tarde varios prisioneros de

Euroasia serían ahorcados en el parque y la madre no los llevaría a presenciar el espectáculo. El mayor era el varón y la niña tenía dos años menos; ella imitaba como si fuera mono, sin pensar. Sus chillidos eran siniestros: le gritaban ¡traidor!, ¡criminal mental!, ¡enemigo del pueblo! un frío de miedo se apoderó de Winston; se le encogió el alma al ver la ferocidad de los dos engendros dispuestos a golpearlo y desaparecerlo por el gusto gratuito de sentir en carne propia como aniquilaban al enemigo. Cuando Winston quiso protegerse de los muchachos y volvió la cara hacia la señora Parsons, sólo encontró polvo en las arrugas de la mujer.

Nuevamente la mujer aparece, al servicio de la ideología del poder. Ella es el receptáculo del control de la sociedad, la encarnación de la impotencia frente al terror. En las huellas de la educación femenina están los pasos para lograr minimizar los instintos sexuales, para enajenar el placer de la sensualidad cotidiana y transformarlo en violencia política e histeria personal.

La amante

Julia se llama la amante de Winston; el nombre elegido por Orwell para la más destacada de las orwellianas no es casual Julio es el mes del verano intenso y caluroso, es la época de los cambios en la vida monótona y angustiada de los ciudadanos. En masa abandonan las ciudades para refugiarse algunas semanas en el campo. Visitar el árbol que plantaron, bañarse en los riachuelos frescos y en perpetuo movimiento, montar el brioso caballo, antiguo potro que vieron nacer, acariciar al perro que los espera en el camino ávido de lamer la mano del amo, “tales son los placeres en el rinconcito natural” orwelliano. El autor recurre insistentemente a estos símbolos para expresar la posibilidad de renovar la vida, de ser libre nuevamente.

En las primeras páginas de *1984*, Winston sueña frecuentemente que está parado sobre un césped bañado de esplendorosos rayos solares, todo el campo es de color oro. En el extremo opuesto hay un seto inacabado, junto a la cerca se eleva un olmo, a primera vista da la sensación de una cabellera femenina por lo abundante y abigarrado de las hojas que se balancean al ritmo del viento. De un riachuelo surge una joven, atraviesa el campo y se presenta frente a él, con gestos seguros se desviste, en su gracioso y despreocupado movimiento parece cambiar toda la cultura, toda la forma de pensar. Más adelante el sueño se hará realidad, Julia lo conduce a un paraje secreto bajo los rayos del sol donde el campo tenía un color oro.

En la anti-utopía el autor simboliza lo natural: lo verde, los rayos del sol, la libertad y el amor. Pero no sólo usa la naturaleza para amar libremente. El cuarto escondido de la vieja casa de antigüedades, enclavada en el Londres del pasado, le brinda una cama doble, a la usanza de los abuelos, allí es donde más le gusta amar a Julia. La utopía dentro de la anti-utopía representa a la pareja ideal, capaz de gozar y de disfrutar una vida sencilla, cotidiana y doméstica. Refugiarse sobre sí mismos, antes de que el Estado se apodere de la pasión y el pensamiento de los amantes. Identifica al amor doméstico y romántico en lucha contra la ideología. Winston le dice a Julia cuando la lleva a conocer su cuarto secreto: “la falta de amor y el exceso de erotismo son tus enemigos”. El erotismo es la puerta de escape de Oceanía: en su primer encuentro en el bosque ella “lo miró por un instante, deslizó el cierre de su overall, quedó desnuda frente a él. Sí, era exactamente como la había soñado, tan encantadora como la había imaginado”. Su cuerpo resplandecía bajo los rayos del sol, se acercó con movimientos graciosos, parecía que con su gracia toda la civilización de Oceanía sería aniquilada. En ese instante escuchamos por boca de Winston: “¿Ya lo has hecho antes?” El erotismo se desvanece súbitamente, ante ella no está el amante sino el juez, después la acuesta sobre el césped y entre las flores caídas hacen el amor, pero Winston no logra sentir ninguna sensación. En cambio, cuando están en la recámara de la tienda de antigüedades se siente satisfecho, juntos en la vieja cama doble; un hombre y una mujer hacen el amor cuando quieren, se dicen lo que desean y no sienten compulsión por levantarse, un sentimiento de paz los rodea.

Desde la ventana Winston muestra a Julia a la mujer-prole; de poderosas caderas y numerosos hijos; canta por cantar, lava por lavar, “es libre”. A esta madre-naturaleza la glorifica, añorando el placer doméstico y el sentimiento del pasado, frente al horroroso mundo de 1984 el romanticismo de la mujer domesticada. Tal es el erotismo “liberalizador” de Orwell.

Cuando nuestro héroe piensa en Julia como en una compañera de lucha contra el Estado Total, tiene violentas fantasías: sueña que la rapta y la asesina porque no pudo seducirla ni poseerla, “lo hice porque me parecía que eres igual que todas las mujeres de Oceanía, sobre todo las jóvenes que son las más fervientes adeptas al Partido, las que creen en todas las consignas, las voluntarias a trabajos especiales, las espías del pensamiento”. Después confesaría que estando juntos en el viejo Londres, se siente feliz, porque es amado por una joven bella que le ha demostrado su amor aun antes de conocer su apellido y que lo quiere a pesar de sus úlceras varicosas y sus dientes postizos, y él es capaz de amarla sin conocerla. Ella lo escucha, y se ríe; con gestos graciosos toma

sus palabras cual si fueran piropos, Winston se molesta y la acusa de ser “una rebelde del cinturón para abajo”. La joven no presta atención, simplemente le sugiere que deben ser más precavidos en el siguiente encuentro. Mientras con naturalidad se enfunda su overall del Partido, se faja el cinturón rojo de castidad y le promete que pronto volverán a estar juntos. La actitud de igualdad sexual de Julia desconcierta a nuestro héroe. Bien podemos pensar que si ella hubiera tomado una conducta tradicional y doméstica, él sería completamente feliz, pero Julia representa la ideología reinante, hecha carne, hueso y sangre. Para sobrevivir engaña, distorsiona, manipula, falsea la realidad y es egoísta. En cambio Winston es “bondadoso”, es “puro”, sólo tiene relaciones con una mujer. Tras separarse de su esposa nunca volvió a poseer a nadie, hasta que conoció a Julia. Ella, por lo contrario, tiene los hombres que desea. El para mostrarle que la puede salvar le dice: “mientras más hombres tienes, más te quiero”. Se retoma aquí la antigua mitología que recurre al *caballero* que salva a la *dama* de los peligros que la rodean.

La libertad sexual es en Julia un acto político, pero para Orwell, ella no es capaz de concientizar su rebelión, no logra elevarse intelectualmente. Cuando Winston por fin la convence de que lean el libro del revolucionario Emmanuel Goldstein, *Teoría y práctica de la oligarquía colectiva*, se queda profundamente dormida después de los primeros párrafos. Aparece nuevamente en Julia la madre-amante-corruptora. Atrae a Winston con el señuelo de la aparente libertad y hace que, junto a ella, vuelven a vibrar sus entrañas; es un ser humano; dueño de su cerebro, su corazón y de todo su cuerpo. Sin embargo, la primera dificultad Julia se rinde y lo traiciona; no duda ni un momento en delatarlo ante las autoridades. Por tanto hay que destruirla, porque ella también representa la muerte de la libertad.

En el mundo de *1984* Orwell únicamente glorifica al ave que canta por cantar, a la mujer-prole que lava por lavar, a los que aman por amar: ¿pero no está fundada acaso la ideología del poder en la moral del querer cantar por cantar, escribir por escribir, amar por amar? El cansancio de Orwell no es más que el orden “natural del poder”.